

## RAMÓN LÓPEZ VELARDE (1888-1921)

Nacido en Jerez, Zacatecas, el mismo año en que vinieron al mundo otros importantes escritores. Murió en 1921, a los 33 años, “la edad del Cristo azul”, como escribió en uno de sus poemas; para ser precisos, el 19 de junio, el mismo mes en que apareció su poema “La Suave Patria” y la prosa que lo vertebraba, “Novedad de la Patria”. Hugo Gutiérrez Vega lo llamó padre soltero de la poesía mexicana, pues con él comienza propiamente nuestra modernidad.

En 1921, México vivía la realización de su utopía. Álvaro Obregón era el consumidor del movimiento revolucionario, como Porfirio Díaz lo había sido de la segunda independencia. Dos años antes, Amado Nervo había abandonado este mundo y el gobierno le había dispensado funerales tan fastuosos como los que había tenido Víctor Hugo en Francia. La Revolución consumada buscaba su poeta y expulsaba a los que consideraba contrarios a su marcha triunfal. En las páginas, humildes, de tipografía apretada, de la revista *El Maestro*, apareció un poema titulado “La Suave Patria”, firmado por Ramón López Velarde, poeta y abogado, anteriormente autor de dos libros de versos, *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919). En este nuevo poema formulaba otra manera de hablar de nuestra tierra, nuestro cielo, nuestros héroes, para que cada una de estas palabras abandonara el nicho del lugar común y se transformara en “combustible de nuestra fantasía”. Del mismo modo en que Baudelaire había hecho andar sus pasiones en los rieles de la prosa y de la poesía,

López Velarde formula su tesis de la épica sordina que se impone para hablar, desde lo más profundo, de un tema tan difícil como el amor, y más particularmente, del amor a la patria. Un amor que le habla de tú a sus próceres, que toma del talle a sus vendedoras de chía, que toma las palabras de la tribu para perturbarlas, azuzarlas, quitarles el sueño.

Uno de los mayores logros de la magia lopezvelardeana consiste en que sus poemas dan la impresión de estar escritos en lo que él llamaba la rápida prosa del vivir. Uno de sus poemas tempranos y mejores, “Mi prima Águeda”, comienza con una frase que parece surgida de una conversación familiar: “Mi madrina invitaba a mi prima Águeda a que pasara el día con nosotros”, la cual es rescatada mediante el vuelo estremecedor y misterioso de los versos siguientes “y mi prima llegaba con un contradictorio prestigio de almidón y de temible luto ceremonioso”. Nuestro poeta era aún seminarista, “sin Baudelaire, sin rima y sin olfato”.

#### “LA SUAVE PATRIA”<sup>1</sup>

##### Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita  
partitura del íntimo decoro,  
alzo hoy la voz a la mitad del foro,  
a la manera del tenor que imita  
la gutural modulación del bajo,  
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles  
con remos que no pesan, porque van  
como los brazos del correo chuán  
que remaban la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:  
la Patria es impecable y diamantina.

<sup>1</sup> Ramón López Velarde, *La Suave Patria y otros poemas*, México, Alianza, 1994.

Suave Patria: permite que te envuelva  
en la más honda música de selva  
con que me modelaste por entero  
al golpe cadencioso de las hachas,  
entre risas y gritos de muchachas  
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,  
tus minas el palacio del Rey de Oros,  
y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo  
y los veneros de petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela  
ojerosa y pintada, en carretela;  
y en tu provincia, del reloj en vela  
que rondan los palomos colipavos,  
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio  
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande, que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,  
con tu mirada de mestiza, pones  
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,  
no miró, antes de saber del vicio,  
del brazo de su novia, la galana  
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín  
luces policromías de delfín,  
y con tu pelo rubio se desposa  
el alma, equilibrista chuparrosa,  
y a tus dos trenzas de tabaco, sabe  
ofrendar aguamiel toda mi briososa  
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño  
su sonora miseria es alcancía;  
y por las madrugadas del terruño,  
en calles como espejos, se vacía  
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,  
después, un paraíso de compotas,  
y luego te regalas toda entera,  
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,  
que en tu lengua de amor prueben de ti  
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena  
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña  
de locura, enloquece a la montaña,  
requiebra a la mujer, sana al lunático,  
incorpora a los muertos, pide el viático,  
y al fin derrumba las madererías  
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas  
crujir los esqueletos en parejas;  
oigo lo que se fue, lo que aún no toco,  
y la hora actual con su vientre de coco.

Y oigo en el brinco de tu ida y venida,  
¡oh trueno!, la ruleta de mi vida.

Intermedio

Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,  
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,  
a tu nopal inclínase el rosal;  
al idioma del blanco, tú lo imantas  
y es surtidor de católica fuente  
que de responsos llena el victorial  
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patricio  
te cubre el rostro en medio del suplicio:  
tu cabeza desnuda se nos queda  
hemisféricamente, de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua  
todo lo que sufriste: la piragua  
prisionera, al azoro de tus crías,  
el sollozar de tus mitologías,  
la Malinche, los ídolos a nado,  
y por encima, haberte desatado  
del pecho curvo de la emperatriz  
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave Patria: tú vales por el río  
de las virtudes de tu mujerío.  
Tus hijas atraviesan como hadas  
o destilando un invisible alcohol,

vestidas con las redes de tu sol,  
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,  
sino por tu verdad de pan bendito,  
como a niña que asoma por la reja  
con la blusa corrida hasta la oreja  
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;  
creeré en ti, mientras una mexicana  
en su tápalo lleve los dobles  
de la tienda, a las seis de la mañana,  
y al estrenar su lujo, quede lleno  
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,  
en piso de metal, vives al día,  
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,  
con tu misma grandeza y con tu igual  
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y el obús,  
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chía:  
quiero raptarte en la cuaresma opaca,  
sobre un garañón, y con matraca,  
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo  
para el ave que el párvulo sepulta  
en una caja de carretes de hilo,  
y nuestra juventud, llorando, oculta  
dentro de ti, el cadáver hecho poma  
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja  
desde el vergel de tu peinado denso,  
frescura de rebozo y de tinaja:  
y si tirito, dejás que me arrope  
en tu respiración azul de incienso  
y en tus carnosos labios de rompope.

Por tu balcón de palmas bendecidas  
el Domingo de Ramos, yo desfilo  
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,  
cual muriéndose van las cantadoras  
que en las ferias, con el bravío pecho  
empitonando la camisa, han hecho  
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:  
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;  
cincuenta veces es igual el *Ave*  
taladrada en el hilo del rosario,  
y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;  
sedienta voz, la trigarante faja  
en tus pechugas al vapor; y un trono  
a la intemperie, cual una sonaja:  
¡la carreta alegórica de paja!

#### “NOVEDAD DE LA PATRIA”

El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.

El instante actual del mundo, con todo y lo descarnado de la lucha, parece ser un instante subjetivo. ¿Qué mucho, pues, que falten los poetas épicos hacia afuera?

Correlativamente, nuestro concepto de la patria es hoy hacia adentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no histórica ni política, sino íntima.

La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua, como la oración continua inventada por San Silvano.

La miramos hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra.

No es que la despojemos de su ropaje moral y costumbrista. La amamos típica, como las damas hechas polvo —si su polvo existe— que contaban el tiempo por cabañuelas.

Un gran artista o un gran pensador podrían dar la fórmula de esta nueva patria. Lo innominado de su ser no nos ha impedido cultivarla en versos, cuadros y música. La boga de lo colonial, hasta en los edificios de los señores comerciantes, indica el regreso a la nacionalidad.

De ella habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza.

Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Castellana y morisca, rayada de azteca, una vez que raspamos de su cuerpo las pinturas de olla de silicato, ofrece —digámoslo con una de esas locuciones pícaras de la vida airada— el café con leche de su piel.

Literatura —exclamará alguno de los que no comprenden la función real de las palabras, ni sospechan el sistema arterial del vocabulario. Pero poseemos, en verdad, una patria de naturaleza culminante y de espíritu intermedio, tripartito, en el cual se encierran todos los sabores.

El país se renueva ante los estragos y ante millones de pobladores que no tienen otros ejercicios que los de la animalidad. ¿Por virtud de qué fibras se operará esta adivinanza?

En las pruebas de canto, los jurados charlan, indiferentes a las gargantas vulgares. Hasta que una alumna los avasalla. Es el momento arcano de la dominación femenina por la voz. Así ha sonado, desde el Centenario, la voz de la nacionalidad.

Hay muchos desatentos. Gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner las sillas sobre la mesa, de irse.

Tampoco escasean los amantes, fieles en cada rompe y rasga, calaveras de las siete noches de la semana, prontos a aplaudir las contradicciones mismas, diseminadas por el territorio, que se resumen en la vasta contradicción de la capital.

En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto. ¿Cómo interpretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarosas al modo de semillas de azotea?

Un futuro se agita en la placidez diocesana de nuestros hábitos. A veces creemos que va a morir el primor del mundo. Que la turbamulta famélica aniquilará los diamantes tradicionales, los balances del pensamiento, los finiquitos de la emoción.

¿Quedará prudencia a la nueva patria? Sus puertas cocheras guardan todavía los landós en que pasearon aquellas señoras, camarlangas de las vírgenes, y las familias que oyen hablar de Lenin se alumbran con la palmatoria del Barón de la Castaña...

La alquimia del carácter mexicano no reconoce ningún aparato capaz de precisar sus componentes de gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud, virtudes y vicios, que tiemblan inermes ante la amenaza extranjera, como en los Santos Lugares de la niñez temblábamos al paso del perro del mal.

Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca, pectoral. El descuido y la ira, los dos enemigos del amor, nada pueden ni intentan contra la pródiga. Únicamente quiere entusiasmo.

Admite de comensales a los sinceros, con un solo grado de sinceridad. En los modales con que llena nuestra copa, no varía tanto que parezca descastada, ni tan poco que fatigue; siempre estamos con ella en los preliminares, a cualquier hora oficial o astronómica. No comemos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa.